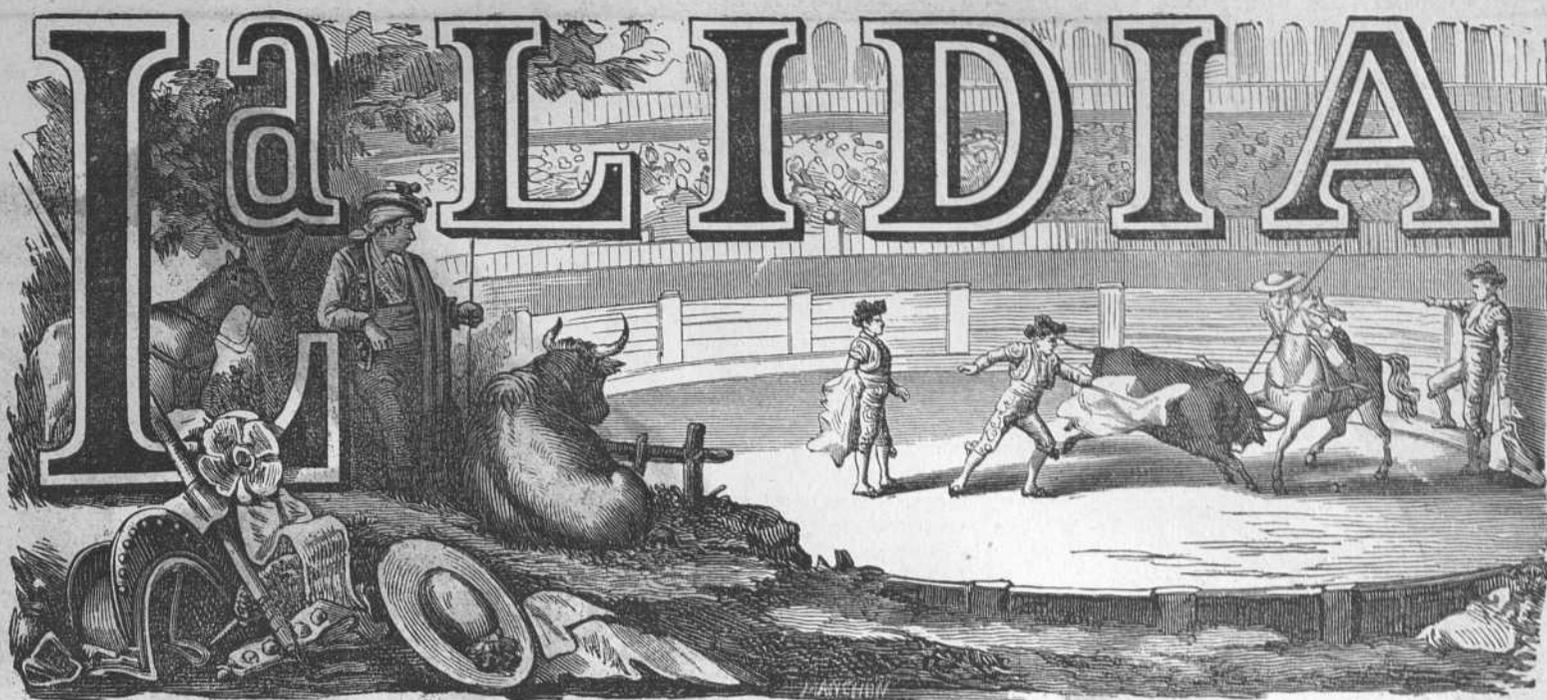


NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CENTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre..... Pesetas. 2,50
No se admiten suscripciones para Provincias.

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

Paquete de 25 números ordinarios, pesetas..... 2,50

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO.

Nuestro dibujo.—Las corridas de toros en Francia, por Antonio Peña y Gobi.—Ternicista, por J. Sánchez de Neira.—Recortes, por Luis Carmona y Millán.—Anuncio.

NUESTRO DIBUJO.

Llamamos la atención de nuestros papereadores acerca de la sobresaliente ejecución del elegante cromó que adorna nuestro número de hoy, y del cual no queremos hacer el menor elogio, porque en sí mismo lo tiene, y el público ha de juzgarle. Los conocidos nombres de los señores Perea y Bordanova, son una garantía de la acertada y esmeradísima ejecución artística y litográfica de tan acabado trabajo. El artista con toda fidelidad al picador **José Bayard y Cotte (Badila)**, que nació en Tortosa el 19 de Marzo de 1858, y á quien demuestran más simpatías todas las clases sociales, por sus notorios buenos deseos, sus rasgos de valor y su atenta urbanidad. Alegre en el coso, como lo es siempre la juventud, domina en él la idea del pundonor y la de una noble emulación, destacándose entre sus buenas cualidades la de favorecer á sus compañeros.

Recuerda nuestro dibujo en la parte superior izquierda un rasgo de valor, de filantropía y de cariño, que cuantos asistieron á la memorable corrida del 20 de Abril de 1877 en Madrid, recordarán con espanto. El toro Guindaleto, que llamaron Lagartijo, causó al matador Salvador Sánchez (Frasuelo) la grave herida que le llevó á las puertas de la muerte: al caer el célebre diestro cerca de las tablas casi exánime, el valiente Pepe Bayard, que estaba de paisano entre barreras, arrojóse á la Plaza, y sin hacer caso de que el toro se hallaba á muy corta distancia, le vuelve la espalda y toma en sus brazos, antes que nadie, al desfallecido diestro; condúcele á la enfermería, y no se aparta de él ni de día ni de noche durante su larga y peligrosa enfermedad.

No es posible, en el reducido espacio de que podemos disponer, seguir paso á paso los actos de valor que en todas las Plazas de España, desde que tomó alternativa en Barcelona en 1877, ha ejecutado, formando parte de cuadrillas de primer orden; pero dicha ciudad, las de Logroño, San Sebastián y otras varias, han de recordar que Badila, en sus Plazas, tan pronto ha puesto banderillas al quiebro, sentado en la silla, como ha hecho quites con capote en mano, vestido con el pesado traje de picador. Madrid y su Institución de Caballeros Hospitalarios, no olvidarán

tampoco la gran desenvoltura y extremada audacia con que, en traje de calle, y sin precio alguno, mató el día 18 de Diciembre de 1881 un toro, á beneficio de dicho Cuerpo—cuyo acto denota la parte izquierda inferior de la lámina;—y por si España fuera poco para que sus proezas se admiraran, Montevideo ha sido testigo, en el último año, de uno de sus más ruidosos triunfos, recibiendo en premio de su destreza valiosos regalos, que en el ruedo, y fuera de él, le prodigaron á porfía nuestros hermanos de América. La prensa de aquel país llenó entonces sus columnas con alabanzas al animoso diestro, y al mismo tiempo hicieron público lo que nosotros ya sabíamos: que Pepe es un apasionado muy notable de la buena música. Hé aquí uno de los muchos sueltos que la prensa de aquel país publicó sobre dicha circunstancia:

El picador Badila.—Llama la atención de todos los concurrentes á nuestro gran Teatro Solís, ver á este valiente picador que, sin faltar una noche, asiste, elegantemente vestido, á todas las representaciones que allí tienen lugar.

Fino en su trato, bien educado, se entusiasma cuando habla de Aramburo, Gayarre, Masini y demás artistas líricos; y hablando particularmente con él la otra noche, nos decía que después de los toros, su pasión favorita era la música.

Bien, amigo Badila, es preciso hacer conocer, que entre los toreros hay de todo.

Pepe Bayard, con su esbelta y delicada figura, recuerda al antiguo y entendido picador en la cuadrilla de Montes, llamado Poquito Pan; pero contra lo que aparenta, Badila tiene más fuerza, castiga más que aquél y es más atrevido.

LA LIDIA le desea adelantos en su profesión, por su bien, y porque en su clase lo bueno escasea.

LAS CORRIDAS DE TOROS EN FRANCIA.

(Continuación.)

III.

Dejando á un lado tiempos poco menos que legendarios, M. de Joantho dice que á par de la época en que las corridas de toros eran en España privilegio de las clases aristocráticas, hubo en el Mediodía de Francia la misma afición, circunscrita á los grandes señores y á la gente de la alta burguesía, es decir, á las personas muy bien acomodadas.

Unos á otros invitábanse á las fiestas, y era verdadero regalo propinarse el espectáculo de correr un toro cuidadosamente reservado para las grandes circunstancias, así como estimábase honor de altísimo aprecio colocar á un amigo delante de una res que hubiera previamente manifestado malos instintos (sic).

Las excomuniones del poder eclesiástico llovieron, como en España, sobre las corridas de toros francesas, y la célebre bula de Pío V, al igual de las penas lanzadas contra nuestro país, condenó con su anatema aquellos «espectáculos sangrientos y vergonzosos, de los cuales resultan fracturas de miembros, muertes de hombres y peligros para las almas.»

Pío V publicó su bula para España en 20 de Noviembre de 1567. La referente á Francia fué en 1570 y la descubrió M. Henri Tartière en los archivos de las Landas. En ella se ordenaba que «todo militar ú otra persona cualquiera que perdiese la vida en una corrida de toros, fuese privado de sepultura eclesiástica.»

Nada pudo contener la afición. Cuando las autoridades municipales no daban toros, según costumbre establecida, los particulares se encargaban de hacerlo. Si las plazas pertenecientes á los pueblos se cerraban por orden superior, los propietarios ofrecían en los alrededores cercados propios para la fiesta. Si la desobediencia traía por castigo una multa, reuníanse los aficionados, pagábanle á escote y las corridas continuaban impertérritas su marcha.

Durante cuatro siglos se estableció una lucha titánica entre la autoridad, que se empeñaba en abolir las corridas de toros, y el pueblo, las clases acomodadas y la nobleza, que de consuno oponían la más encarnizada resistencia.

Los papas, los reyes de Francia, sus ministros, entre ellos el cardenal Richelieu, los obispos, los intendentes no pudieron impedir que las corridas se celebrasen sin interrupción, con una tenacidad verdaderamente meridional.

En el año IX de la República, un ciudadano prefecto (gobernador), llamado Méchin, se opuso formalmente á las corridas de toros y redactó y publicó varios bandos, amenazando fuertemente á los alcaldes, tenientes de alcalde (adjoints) y comisarios de policía que no hicieran uso de su autoridad para disolver las reuniones, secuestrar los toros é imposibilitar, de tal suerte, las corridas.

Todos los esfuerzos del prefecto anti-taurino fueron estériles.

—Habrà, dice M. de Joantho, corridas de toros en el Mediodía de Francia, mientras los toros tengan cuernos, mientras haya apartadores para incitarlos y aficionados para aplaudirlos.

Una explicación sobre la palabra *apartador*. Los franceses llaman á los toreros landeses *écarteurs*, del verbo *écarter*, que significa separar de sí, apartar, fundándose, sin duda, en que el diestro verifica un quiebro de cintura (un *écart*) para apartar al toro y librar el cuerpo del hachazo.

Mientras no se invente sustantivo más adecuado ó mejor, adopto el susodicho para mayor inteligencia de los lectores.

La breve reseña histórica de M. de Joantho no da más de sí, pero demuestra realmente que la afición de los indígenas landeses hacia las corridas de toros tiene grandes afinidades con la que caracterizó á los españoles desde el siglo XI próximamente, por

LA LIDIA



A. Ferrer

W. Borrero

más que los detalles del espectáculo se diferenciaron esencialmente y corrieran rumbos de naturaleza muy diversa.

Veamos cuáles son estas diferencias en la actualidad. Esta parte, la más extensa del trabajo de M. de Joantho, es también la más interesante, y creo ha de ser importantísima para LA LIDIA y sus lectores, ya que no recuerdo libro ni periódico alguno taurino, político ni literario que haya publicado jamás tan curiosas noticias.

IV.

Las corridas de toros en el Mediodía de Francia no son, según M. de Joantho, «grandes alardes de magnificencia, brillantes colores, trajes de seda y oro, lluvia de pedrerías; no ostentan la maravillosa *mise en scène* de esas comedias de magia (*féeries*) que se ven en las Plazas españolas y dejan en la mente el vago recuerdo de una visión de las épocas heroicas; pero el espectáculo tiene también su atractivo y su grandeza.»

La diferencia entre las corridas españolas y las corridas francesas, mejor dicho, las corridas landesas, es inmensa.

En España la tauromaquia es un arte; en las Landas constituye una diversión nacional. El torero español se contrata por un sueldo previamente estipulado. El apartador landés asiste á un certamen y aspira á un premio, que se adjudica al que demuestre mayor intrepidez y mayor agilidad.

En España el torero es una carrera que anula el ejercicio de cualquiera otra durante el invierno. Hablo, por supuesto, de los toreros acreditados y no de los novilleros, á quienes se designa, por burla, con el nombre de *toreros de invierno*.

El apartador landés tiene, fuera de su profesión, diversos medios de subsistencia, porque el más valiente y ágil cobra al fin de cada corrida un premio que varía desde 50 á 300 francos.

Si de los toreros se pasa á los toros, las reses españolas, al pisar la arena por primera vez, conservan toda la virginidad, por decirlo así, de su salvaje fiereza y toda la nobleza ingénita á la vez, que caracteriza á las reses bravas de nuestro país. Nacen á la vida pública, si se me permite la frase, en aquel instante mismo, y mueren poco después, sin haber tenido tiempo, afortunadamente, de aprender gran cosa.

En las Landas, las vacas y los toros son reses *ilustradas*. Nosotros contratamos á los toreros; los landeses contratan á los cornúpetos y los llevan de pueblo en pueblo y de corrida en corrida. Van en compacto rebaño y los hay malos, medianos, buenos, distinguidos, eminentes, célebres y hasta popularísimos.

Depende de los grados de malicia que hayan adquirido en las numerosas corridas en que toman parte.

M. de Joantho cita á una vaca llamada *Voluntaria (sic)*, que se alquila por 50 francos en cada corrida y que *en dos años ha matado á tres apartadores!*

En una palabra: los toreros españoles se lucen en la lidia de toros *memos*, mientras los apartadores landeses tienen que habérselas con vacas *maestras*. *¡Et vive la Frrrrrance!*

Entremos en la descripción de las corridas.

(Se continuará.)

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

TECNICISMO.

ENHILARSE.—PERFILARSE.

Más de una vez he reflexionado acerca de la distinta aplicación que á muchas voces técnicas del arte de torear se ha dado por personas entendidas, ó que parecen serlo, al referir, ya por escrito ó verbalmente, alguna de las diferentes suertes que componen la tauromaquia.

Como, por desgracia, el Diccionario de la Academia de la lengua castellana no da definiciones claras ni exactas de las pocas voces taurinas que comprende, no hay más remedio que atenerse á las que comunmente se han oído siempre á los más entendidos aficionados, á los mismos toreros y aun á los ganaderos y gente de campo, que entre los toreros anda, y adoptar las que han adquirido uso más constante y han recopilado algunos aficionados dándolas autoridad. Sin ser mi Diccionario tauromáquico

una obra perfecta, es, sin embargo, la única que detenidamente ha tratado este asunto, y á la que, aparte de los usos y modismos que cada provincia ó región suele emplear para significar una misma cosa, se atienen hoy los aficionados, tal vez porque no hay otra que les sirva de guía. A pesar de ello, no siempre se consulta con acierto, ni encierra, ni he creído debía encerrar, como ningún Diccionario lo hace *comparativamente*, las voces que sin serlo parecen sinónimas, ni las que pueden tomarse en el sentido general que para otros usos define la lengua castellana. Laconicamente, porque lo que se sienta como precepto debe ser *claro y breve, sin adornos de inútiles palabras*, explicaré la verdadera significación de las que en el arte son técnicas, según mi leal saber y entender.

Sirvan de tema para este artículo las palabras «Enhilarse» y «Perfilarse», que la Academia explica como igual á «Enfilarse», la primera, y en muy distinto sentido al conocido en el tecnicismo tauromáquico la segunda, y que en mi Diccionario comprendí de este modo:

«ENHILARSE.—Voz usada por toreros y aficionados que significa lo mismo que enfilarse, y así la define también la Academia. El que no se coloque bien enhilado para partir rectamente al morrillo del toro con el estoque, no es buen espada. Remítimos al lector á la palabra «Colocación.»

«PERFILARSE.—Colocarse de perfil el torero para efectuar alguna suerte que así lo requiera, como la de recibir ó aguantar. Perfilarse no es precisamente tener de lado todo el cuerpo, sino formar línea recta con la cabeza del toro, de manera que el costado esté en rectitud del asta del animal (véase «Enhilarse»).

De la lectura de ambas definiciones se comprende y deduce claramente, que no siempre pueden usarse como sinónimas, ó indistintamente, como si dijese una misma cosa. Claro es, que *para todas las suertes de matar*, debe el espada colocarse *enfilado* con el toro, porque no haciéndolo así, forzosamente ha de dar un gran cuarteo, admisible únicamente en las estocadas «á media vuelta» y aun en las de «á paso de banderillas», si bien no siempre en estas últimas; pero *no necesita perfilarse* como en las estocadas que se dan recibiendo ó aguantando. En éstas, el diestro, además de tomar una postura airosísima por sí, como dice Montes, gana, sin moverse, todo el terreno que en el arranque adquiere al ir al volapié, puesto que perfilado, marca ya al toro la salida al terreno de fuera con sólo la inclinación de muleta que pasa por delante de su muslo derecho, librándose, por lo mismo, de la cabezada, más fácilmente que si sólo estuviese enfilado, ó sea dando más frente y menos perfil. Excusado es decir, porque ya va apuntado, que *en las suertes de matar arrancando el torero*, no sólo *no es necesario perfilarse*, sino que *basta enfilarse* para no perder aquella postura que hace concebir al espectador la idea de que va á ver un toro recibido, y que no hay más remedio que perderla cuando ve al espada irse á la fiera con un cuarteo más ó menos ceñido, pero al fin cuarteo.

Resumen: Que el espada para *todas* las suertes de matar debe estar *enfilado*; para las de recibir y aguantar, *perfilado*; que esto último, no es precisamente colocar la cadera izquierda frente al testuz, sino el costado del pecho, *el corazón del hombre, en línea recta con los rubios, ó sea la cruz del toro*; y para enfilarse no necesita dar el costado, sino situarse algo inclinado adelante, al lado izquierdo en aquella dirección.

¿Se comprende ahora que no deben usarse en el mismo sentido, porque no tienen la misma acepción, ambas palabras?

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

RECORTES.

Creuyendo que á los lectores de LA LIDIA ha de agradarles el conocer ciertas frases, agudezas, anécdotas y ocurrencias disparatadas, atribuidas á reputados diestros antiguos y modernos, he reunido las que van á continuación, entresacadas unas de las historias y anales del espectáculo, referidas otras por personas á quienes considero veraces, y oídas

algunas por mí mismo. Sólo desearía haber acertado en la elección de ellas y en la manera de relatarlas.

Antonio Ruiz (*el Sombrerero*), discípulo de Curro Guillén y émulo de Juan León, fué un matador de toros de buen nombre, que si no se distinguía por su extraordinario arrojo en la cabeza de los toros, brillaba por el conocimiento que tenía de las condiciones de éstos y por su gran sagacidad para dar á cada uno la lidia que pedía. Era el señor Antonio un furibundo realista, y hacía constante alarde de sus opiniones, llegando al extremo de presentarse frecuentemente en la Plaza vistiendo traje blanco para acreditar que pertenecía al bando de los llamados *serviles*. Ocasionábale esto el que muchas veces, aun ejecutando bien su faena, solían apostrofarle con notoria injusticia los liberales, conocidos entonces con la denominación de *negros*. Ocurrió una tarde del año de 1829 en la Plaza de Madrid, que al tocarle matar un toro revoltoso, empezó á tantearle con el trazo magistralmente. Se desengañó el bicho y tomó viaje á las tablas, situándose delante de un tendido en que se colocaban muchos voluntarios realistas parciales del diestro: volvió éste á pasarle de muleta con gran inteligencia, entre la broma, el jaleo, los hurras y los aplausos de sus correligionarios, hasta que, igualadas las patas del animal, se arrancó con coraje al volapié, miró á sus amigos, y diciéndoles con sañuda intención, «*así se mata á esos picaros negros*,» echó á rodar á la fiera de una magnífica estocada, obteniendo una estrepitosa ovación.

Discutíase en un café de Sevilla, entre varios toreros y aficionados, acerca del mérito de los matadores Manuel Parra y Juan Yust, hallándose divididas las opiniones. Excitado el espada Juan León, que había toreado con ambos, para que dijese su parecer sobre cada uno de ellos, le emitió en tono sentencioso, estableciendo esta extraña regla de proporción, que no deja de tener gracia: «*Parra era á Juan Yust, lo que San Juan Bautista á Cristo, aunque esté mal que así se diga.*»

Roque Miranda, conocido por el apodo de *Rigores*, era un matador de toros muy valiente, de poco arte, pero que demostraba siempre gran deseo de complacer al público. Esta última cualidad, unida á su gallarda figura, su proverbial generosidad y sus ideas liberales, le hicieron disfrutar de grandes simpatías, principalmente en la Plaza de Madrid, hasta un punto, que se le dispensaban y aun aplaudían los mayores desaciertos. Tocóle una tarde matar un toro muy entero, que se tapaba y se recogía en los tableros, y sufrió varias coladas y acosones, llegando á ser revolcado dos ó tres veces. Ofuscado y descompuesto Miranda, estaba mechando al animal, sin poder darle una estocada de muerte, y trascurrida ya más de media hora en tan desdichada brega, mandó el Presidente sacar la media luna. Avisado *Rigores* de esta orden por uno de sus banderilleros, dió rienda suelta á su despecho con la siguiente frase: «*¡Ojalá viniera hasta la Puerta Otomana!*»

Del valiente matador de toros Manuel Lucas Blanco, acérrimo absolutista, que murió en afrentoso patíbulo por haber asesinado á un miliciano nacional, se cuentan también cosas graciosas. Cuando visitaron á Sevilla los Infantes Don Francisco de Paula y D.^a María Carlota, se celebró en su obsequio una corrida de toros en que figuraba como primer espada Lucas Blanco. Llegado que fué el momento de brindar, lo hizo en la forma siguiente: «*A mi Señor Infante D. Francisco: va por la de Usfa, por la mujer, por la familia de aquí y por la de allá.*»

Era el pobre Lucas hombre de tan cortos alcances y de tan tosco lenguaje, que un día en la Plaza de Sevilla, al dar una media estocada y salir el toro cabeceando, como observara que sus banderilleros querían pararle con el capote para que no echara fuera el estoque, gritó con voz tonante: «*Dejarlo dir, que no se le salirá.*»

Juan Pastor (*el Barbero*) era el tipo del matador de toros rumbón, á quien su carácter discolo y pendenciero, su presunción y su eterna manía de cobrar el barato en todas partes, le crearon profundas antipatías. No debía ocultársele esto al diestro, cuando una tarde que se jugaba en la Plaza de Sevilla una corrida de seis toros, que él solo debía estoquear, le debió un amigo que se hallaban ocupadas todas las localidades, significándole con esto el interés que inspiraba, replicó con cierta soflama: «*Más de la mitad é la Plaza se yena por ver si me gano dos cornás.*»

Fáltame espacio para seguir relatando esta especie de miscelánea, que continuaré en el próximo número.

LUIS CARMENA Y MILLÁN.

ANUNCIO.

OBRAS DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACIÓN.

BIBLIOGRAFÍA DE LA TAUROMAQUIA.
¡CUERNOS!
LOS TOREROS DE ANTAÑO Y LOS DE OGAÑO.
ALMANAQUE DE «LA LIDIA» PARA 1884.

Del precio de estas obras se hacen grandes descuentos á los señores corresponsales.